

CIDH, ¿supremo poder conservador? Un poder supranacional en Los Pinos



Si bien los padres de los 43 normalistas asesinados en un basurero de Cocula por **orden** del alcalde del PRD en Iguala necesitan agotar todas las vías de la certidumbre jurídica, la reunión en Los Pinos hoy podría estar sentando el **mal** precedente de subordinar el poder ejecutivo mexicano a una autoridad **extranjera** controlada por la Casa Blanca.

La **presencia** de los expertos de la Comisión interamericana de Derechos Humanos, impulsada por su secretario ejecutivo, Emilio Álvarez Icaza, debería ser considerada una **violación** de la soberanía y un riesgo de seguridad nacional. Una cosa es que la CIDH-OEA tenga la facultad de realizar investigaciones sobre violaciones a garantías e imponer condiciones al sistema jurídico, y otra **obligar** al Presidente de México a aceptar sus conclusiones **sin** objetar contenido.

La decisión de México de asociarse a la OEA y a la CIDH **no** implica que estos organismos se conviertan en una autoridad por **encima** de las instituciones mexicanas. En este sentido, el **enojo** de los padres de familia por el asesinato de sus hijos por **órdenes** de un jefe del PRD y por estar **en medio** del tráfico de heroína **no** debería conducir a la ruptura del orden constitucional. De ser así, entonces habría que designar a Álvarez Icaza como Procurador de la República y **simultáneamente** presidente de la Suprema Corte de Justicia de México.

Lo que parecen **ignorar** los padres de los normalistas es que su intención sería la de convertir a la CIDH en una especie de Supremo Poder Conservador que el conservadurismo del siglo XIX impuso en el periodo centralista 1836-1846 como **cuarto** poder nacional, por encima de los tres tradicionales. El SPC tenía la función de decretar la validez o invalidez de las decisiones de cualquiera de los tres poderes, rompiendo el equilibrio de poderes porque añadía un **cuarto** poder político y un **segundo** poder jurídico.

El **riesgo** de la soberanía mexicana radicaría en que a partir de hoy los dictámenes de la CIDH van a tener que debatirse cara a cara con el jefe del poder ejecutivo mexicano, introduciendo una **corte** extranjera y supranacional al funcionamiento del régimen político. Cualquier mexicano podrá desde ahora ir a quejarse a la CIDH y ésta **resolverá** diferendos directamente con el Presidente de México.

Los miembros de la CIDH tienen diferentes nacionalidades y su **función** es la de evaluar si en algún caso específico se **violaron** los derechos fundamentales de ciudadanos; a partir de esa **evaluación** jurídica, dictamina recomendaciones que son obligatorias. Pero se trata de **recomendaciones** y no de la imposición de investigaciones periciales que co-

rresponden **exclusivamente** al ministerio público.

Los reportes de las CIDH deben ser por escrito y siguiendo el **procedimiento** de entregarla a las autoridades y esperar respuestas y resultados. Permitir que la CIDH y un grupo investigador **debata** con el Presidente de México y las autoridades periciales una investigación criminal, sería **ceder** soberanía a una autoridad extranjera colocada por **encima** de los poderes reconocidos por la Constitución.

Al final, los padres de los 43 normalistas que se niegan a exigirle responsabilidad criminal al PRD serán los modernos **tramontanos** en busca de un gobierno extranjero —EE.UU. a través de la OEA y la CIDH— que venga a enseñarle a los mexicanos cómo se debe gobernar.

*<http://noticiatransicion.mx>
carlosramirez@hotmai.com
@carlosramirez*